

La comadreja que escribe para salvarse

‘Mis estúpidas ideas’, ópera prima de Bernardo Zannoni, resucita la fábula con gran éxito de público y crítica

ANNA MARIA IGLESIA

Las razones del éxito literario no es algo que aquí interese, pues no es de por sí un elemento que dote o menoscabe de valor el texto. Sin

embargo, en el caso de *Mis estúpidas ideas*, la primera novela de Bernardo Zannoni (Sarzana, 1995), matizar es importante: aquello que lo ha hecho funcionar en términos comerciales es lo que

ha hecho que parte de la crítica lo haya aplaudido, la originalidad de proponer una fábula protagonizada por animales. Es cierto que estamos en un momento en que parte de la narrativa se ha acomodado en unos determinados moldes – la autoficción, la novela de género, la escritura testimonial... – abandonando no solo la imaginación – al respecto, imprescindible *La huida de la imaginación*, de Vicente Luis Mora – , sino también cualquier forma de ambición, experimentación u originalidad.

Sin embargo, los árboles no nos deben impedir ver el bosque: *Mis estúpidas ideas* es una fábula protagonizada por una comadreja llamada Archy. No hay nada de parti-

cularmente nuevo en la antropomorfización de los animales; más allá de Esopo y de Apuleyo, más allá de *La Fontaine*, la novela moderna ha recurrido a este tropo en repetidas ocasiones: empezando por Cervantes – acaso con él no empezó todo – hasta acabar en Natsume Soseki (*Soy un gato*), pasando por Jack London (*La llamada de lo salvaje*), George Orwell (*Rebelión en la granja*), George Saunders (*Zorro 8*) y Virginia Woolf (*Flush*), sin olvidar a Bernardo Atxaga (*Memorias de una vaca*) y Pablo Martín Sánchez (*Tuyo es mañana*).

No es la originalidad lo que hace destacar la novela de Zannoni, que, como es habitual en este tipo de literatura, utiliza la antropomor-

Los personajes no solo llevan una vida muy humana sino que aspiran a ser más humanos aún, y eso es lo más interesante de esta novela

No nos quedan más comienzos

En ‘Archipiélago’, muestra de escritura entre géneros y de autoconciencia de la narración, Mario Bellatin reúne cuatro textos con un único interés: la identidad japonesa y su plasmación literaria

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Siempre que leo a Mario Bellatin (México, 1960) me viene a la memoria la frase que da título a esta reseña, con la que George Steiner arrancó de forma irónica una de sus más polémicas obras: *Gramáticas de la creación*. Me sucedió con el libro más célebre del autor mexicano, *Salón de belleza*, la experiencia se repitió con el que mayor repercusión ha tenido hasta la fecha en España, *El Gran Vidrio*, e idéntica sensación me ha asaltado al recorrer las páginas de *Archipiélago*, cuatro textos escritos entre los años 2000 y 2010 que Firmamento reúne en un volu-



Mario Bellatin

Fidelidad a la palabra

Antonio Manilla reúne por primera vez una buena selección de 25 años de su lírica en ‘Lenguas en los árboles’

JUAN CARLOS ABRIL

Antonio Manilla (León, 1967) es un poeta reconocido en el circuito literario español. Además, en 2016 publicó *Ciberadaptados*. Ha-

cia una cultura en red, un ensayo desde entonces muy celebrado. Novelista y articulista, entre otras disciplinas, ha publicado nueve poemarios: *Una clara conciencia* (1997), *Salón de rechaza-*

dos (1998), *Canción gris* (2003), *Momentos transversales* (2008), *Broza* (2013), *El lugar en mí* (2015), *Sin tiempo ni añoranza* (2016), *En caso de duda y otros poemas de casi amor* (2016) y *Suavemente ribera* (2019). La mayoría de ellos han sido premiados con prestigiosos reconocimientos. Ahora, en *Lenguas en los árboles. Antología poética (1997-2022)*, se reúne por primera vez una buena selección de su lírica, junto a un puñado de inéditos.

La obra de Manilla es densa e intensa. Sus temáticas se han enriquecido a lo largo de los años, manteniendo siempre el asombro de estar vivo, alerta ante el presente y el futuro, y una fide-

dad a la palabra poética que se propone como espada de Damocles, sin renunciar a lo que significa esa verdad, aunque duela reconocerlo o cueste asumirlo. No obstante, el pasado forma parte de ese fluir temporal que nos envuelve, porque nos determina, y no serán pocas las reflexiones sobre los cambios en las costumbres. «Pero conviene no engañarse: / el rito es algo humano, precisa de una fe/ o una esperanza» (22). O estos otros versos: «Presente en fuga/ o leño en llamas junto/ a la inflamable juventud / en la hoguera del tiempo// fuimos» (106).

Además, el romanticismo es otro de los pilares estéticos en los

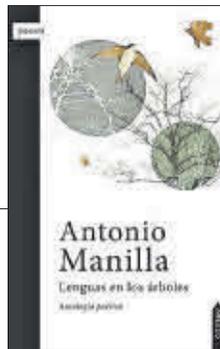
que se funda esta poesía, sin dramas pero sin contemplaciones, sin dejar de lado su propósito de ser belleza. El ruralismo posee en Manilla una presencia que va más allá de cualquier referencia costumbrista, convirtiéndose en una metáfora de la contemporaneidad: «Perdidas alegrías del verano, / cuando se celebraba el fin/ de la cosecha y el tiempo de la luna/ marcaba las labores de los hombres» (112). Un mundo y un «tiempo ido» (ibíd.) en el que de un modo u otro ahí continuamos «nosotros girando, intermitentes/ alrededor del fuego» (ibíd.). Nos construimos como un relato superpuesto y acumulado que se transmite generación tras gene-



Archipiélago

Mario Bellatín

Firmamento
240 páginas. 22 euros



Lenguas en los árboles. Antología poética

Antonio Manilla

Averso
140 páginas. 14 euros

fización de los animales para cuestionar la supuesta oposición entre animalidad/humanidad, instinto/razón, y observar de qué manera esos comportamientos *bestiales* forman parte de la condición humana. En efecto, los personajes de Zannoni no solo llevan una vida muy humana, sino que aspiran a ser más humanos todavía. Y es precisamente esta aspiración lo más interesante de esta primera novela.

Proveniente de una situación paupérrima –su madre se ha quedado viuda y debe mantener a sus hijos–, Archy es vendido por su progenitora al viejo zorro Solomon. Como Shylock, Solomon –nombre de origen judío– es un prestamis-



Bernardo Zannoni

ZOWY VOETEN

ta para el cual la usura era su única posibilidad de supervivencia: «Habla de su vida de hombre y de Paraíso, luego se maldecía por el horrible destino que le había tocado en suerte, y pedía otro inmediatamente después», recuerda Archy, que lo acompaña en su lecho de muerte. A él le debe el haber aprendido a leer y escribir.

A través de la Biblia, Solomon le descubre, además, el misterio de la muerte. La ascunción de la propia finitud y de la finitud de quienes te rodean asoma a Archy a la necesidad de buscar una respuesta a una vida que no puede terminar sin más. Hay un anhelo de trascendencia, de una trascendencia que para la comadreja no pasa a través

de la fe, sino a través de la escritura. Esta se vuelve la única forma de permanencia: «El lenguaje es lo único capaz de detener el paso del tiempo, porque existe en el tiempo, está hecho de tiempo, y además es eterno», escribe Rachel Cusk. Archy es consciente de ello. A través de la escritura se aferra a la vida, interrogándose sobre el rastro que va a dejar. De ahí sus dilemas éticos, de ahí esa sensación de no encajar en un entorno muy poco humano. Pero ese entorno es el nuestro. Y su apuesta por el lenguaje y por la escritura es el gesto más radical que se puede hacer en un mundo donde la palabra se ha vuelto banal, donde la palabra ha dejado de importar.

men debido a que comparten un interés común: la identidad japonesa y su plasmación literaria.

Bellatín es un escritor que utiliza con talento los resortes fundamentales de la narrativa contemporánea. Sus obras descubren una perspectiva problematizadora de la realidad, concluyendo en una enmienda acerca de sus sistemas y códigos. En ellas se acepta el desmoronamiento de las jerarquías de la opinión, la decanonización y cierto neopopulismo, que brilla sobremedida mediante su defensa del eclecticismo del gusto. Su incredulidad ante el gran relato que aspira a alcanzar una comprensión global del mundo se manifiesta en su percep-

ción de que la totalidad sólo puede representarse a través del fractal, que refleja el *Zeitgeist*.

Sus historias se construyen así con un estilo fundado sobre el collage y cuyo modelo formal es el caos. Bellatín potencia de este modo la discontinuidad y la ruptura del discurso lineal, a través de la recuperación y el uso del fragmento como elemento estructural. Uno de los rasgos más evidentes de esta contemporaneidad, que en *Archipiélago* se expresa de forma paradigmática, es el abandono por parte del escritor de las teorías seculares acerca del autor, la originalidad y el concepto de propiedad con diversas y felices consecuencias: la

posibilidad del plagio intertextual, la introducción de la interpretación libérrima de la obra y el combate contra la idea de propiedad intelectual. Se impone así en estos relatos la deconstrucción y se aplaude el apropiacionismo. Todo es de todos, lo firme Ryunosuke Akutagawa, la enésima encarnación de un maestro sufí o el papa de Roma. *Archipiélago* se muestra gozosamente como una escritura entre géneros, una narración a medio camino entre la realidad y la ficción, el mestizaje, la hibridez, la indeterminación. Y por supuesto el libro abunda en una constante autoconciencia de la narración: los cuatro textos que lo conforman

Construye sus historias con un estilo fundado en el collage, con el caos como modelo formal, y potencia la ruptura del discurso lineal

son contemplados como estructuras autogenerativas y autoparódicas, especulares y reflexivas.

En definitiva, leer estas piezas japonesas de Bellatín refrenda la intuición de Steiner. Todo fue ya dicho hace ya tiempo y lo que hoy hacemos no es otra cosa que glosamos, revisitamos, reinterpretamos. Queda a criterio del lector aceptar esta evidencia como una tragedia de nuestra cultura o como una manifestación de su capacidad para reinventarse. Porque quizá no nos queden más comienzos, pero, con permiso de las musas y de las academias, sin duda se pueden volver a contar las viejas historias seminales con esplendor e inocencia adánicas.



Antonio Manilla

ración, con o sin fuego, seamos clan, tribu, familia o individuos fantasmagóricamente semiaislados, pues nuestra inquietud vital no muta a lo largo de la historia, aunque cambien los modos de enunciarla y representarla, es decir, la carcasa gramatical que la sustenta. Somos palabras unas pegadas tras otras, narrativas que se van sucediendo en la imaginación y la memoria colectiva. Y en definitiva son las mismas preguntas sin respuesta, una pulsión erotanática que nos empuja a perpetuarnos a pesar de todo: «a mí que no me den/ la libertad// ni un destino más alto/ que el de ser/ león del Serengueti/ o trucha del Torío» (113). Aunque sepamos

que somos-para-la-muerte, hay que apurar al máximo la copa que se nos ha ofrecido. No hay otra. El poema *Big bang* (115-116) nos remite al amor como motor inmóvil, y quizá sea la mejor razón poética que jamás se nos ha dado para explicar o resumir en qué consiste lo que llamamos vida... Por eso no dejamos de invocarla y disfrutar el momento, como en *Lo que pretendas ser, procura serlo pronto* (86), en la certidumbre de que nuestra estrella arde entre los astros, y solo queda un breve fulgor de sus destellos. No hay que desmoralizarse en ningún caso, y saber apreciar lo que ocurre forma parte del mandato de la existencia: «Aquel rayo que

fuiamos/ iluminó un instante/ la vida entera» (106).

Desde hace décadas, Manilla se ha convertido en una referencia indiscutible del panorama poético español. Sin alardes ni alharacas, su trayectoria lo avala y lo refrenda. *Lenguas en los árboles*, título de advocación shakespeariana, antologa un cuarto de siglo de trabajo, y era necesario porque la mayoría de los libros que se recogen se hallan agotados o son inencontrables, rescatando y haciendo justicia así a una voz importante en el marasmo de poetastros, redes sociales y performances en torno al mundillo literario actual, el patetismo, la provocación o el famosismo.